

## Comentario al evangelio del lunes, 6 de junio de 2016

Queridos hermanos:

Durante esta semana vamos a seguir las andanzas de Elías, el gran profeta de Israel, el reino del norte. Su nombre “Mi Dios es Yahvé” (?liyah?) es todo un programa de vida, y expresa además las difíciles circunstancias en las que desarrolló su ministerio. Elías vive un duro enfrentamiento con el poder político, encarnado en Ajab, que “hizo el mal a los ojos de Dios, más que todos los que le habían precedido” (1 Rey 16, 30), por las muchas injusticias cometidas, pero también y sobre todo, porque condujo a Israel a la idolatría, seducido por su mujer cananea, Jezabel. Es a la luz de esta situación extrema como se explica el ministerio profético de Elías, expresado en su nombre, y las enormes dificultades a las que tuvo que enfrentarse. La grandeza de su figura profética explica porqué, así como Moisés es la personificación de la Ley, Elías lo es del profetismo religioso judío (cf. Mc 9, 4). La primera aparición del profeta es para anunciar al rey una sequía como castigo divino a causa de la idolatría, después de lo cual se ve forzado a huir, sostenido por la Providencia, pero llevando una existencia precaria.

Elías pertenece, sin duda, al grupo de los bienaventurados de los que habla Jesús, en la inauguración programática de su ministerio, que abre con el sermón de la montaña, y con ese pórtico grandioso que son las Bienaventuranzas. Éstas suponen toda una inversión de la mentalidad religiosa tradicional (que, para muchos, sigue hoy vigente), según la cual el éxito es signo de bendición divina, mientras que toda desgracia es señal de haber perdido el favor de Dios. Vemos cómo la radical novedad del Evangelio tiene ya muchos y claros antecedentes en el Antiguo Testamento, en el que por defender la causa de Dios (que es la causa del verdadero humanismo) se deben soportar persecuciones, peligros, estrecheces y penurias. En Elías vemos anticipada la paradójica felicidad del pobre, del manso, del que llora, del hambriento y sediento de justicia, del misericordioso, del limpio de corazón, del que trabaja por la paz, del perseguido por causa de la justicia. Y comprendemos en él que estas bienaventuranzas nada tienen que ver con la pasividad, la debilidad de espíritu, los “valores del rebaño”, que el filósofo Nietzsche atribuía al cristianismo, porque nada tienen que ver con el (imposible) deseo de sufrir, o con la cooperación con la injusticia por omisión. Significan, al contrario, asumir las consecuencias posibles y más que probables del que vive sin compromisos en lucha con la injusticia, la mentira, la violencia y la idolatría, con tanta frecuencia ligadas al poder. Y es que Elías, como tantos otros bienaventurados del Antiguo Testamento, no es otra cosa que figura de Cristo, el Bienaventurado que encarna y porta en sí el Reino de los Cielos, la presencia cercana de Dios.

La felicidad plena no está asegurada en este mundo, porque depende de demasiados factores que escapan a nuestro control. Pero vivir con dignidad sí que es cosa nuestra, pues depende en exclusiva de nuestra libertad. Jesús nos dice que los que viven así (con la gracia de Dios, unidos a Él, que nos trae la

vida de Dios) empiezan ya a gozar en este mundo, anticipadamente, de la felicidad sin fisuras a la que el corazón humano aspira.

Cordialmente,  
José M. Vegas cmf

José M. Vegas cmf

---

Publicado en Ciudad Redonda  
[www.ciudadredonda.org](http://www.ciudadredonda.org)